

LOS QUE NOS FUIMOS

Antonio Sánchez García @sangarccs

A Fernando Mires y Mauricio Rojas

Azares del destino nos han reunido en torno a la defensa de la democracia venezolana desde una acera que se encuentra en la antípoda del partido en que militamos en tiempos de la Unidad Popular, cuando la pasión juvenil nos enganchó al MIR compartiendo sus afanes revolucionarios con alma, corazón y vida: Fernando Mires, Mauricio Rojas y yo.

Fernando, con quién me reencontraría en Alemania a mediados del año 74, hizo vida académica en la Universidad de Oldenburg, desde donde ha continuado su labor de concientización a favor de la democracia, la solidaridad y el entendimiento en todo el mundo, con particular énfasis en nuestra región, mediante un ejercicio de reflexión filosófico política lúcida y generosa, siempre desde posiciones social democráticas. Su palabra es respetada y seguida con fervor por los demócratas venezolanos gracias a una columna semanal en el periódico TalCual, que dirige Teodoro Petkoff, un referente insustituible del pensamiento progresista de la sociedad venezolana, reconocido mundialmente.

Mauricio Rojas alcanzó las máximas alturas de la vida política sueca, en donde además de realizar una brillante carrera académica ha hecho vida en el Parlamento, en representación de posiciones liberales. Tanto como Fernando Mires, es un activo interlocutor de los partidos y organizaciones multilaterales erigidas en defensa de la democracia representativa y liberal, en tiempos de graves acechanzas por parte de lo que Mauricio ha llamado en su última obra “la tentación totalitaria”. Su lúcido análisis de la perversión y deterioro de la política argentina, herencia dejada por el fascismo peronista, dio paso a sesudos estudios de economía política, su especialidad.

Por mi parte, llevo ya treinta y siete años viviendo en Venezuela, en donde además de haber iniciado una fructífera vida académica he terminado por fundar una familia y enraizarme en su vida pública y privada como para sentirme plenamente venezolano. Sin por ello haber perdido un ápice de conexión con la Patria que me diera el ser. En alguna ocasión, cenando en la embajada de Chile con un senador chileno visitante, un alto personero de la oposición democrática, refiriéndose a la apertura de Venezuela a Chile, le comenté que si bien yo era un independiente, muchos partidos democráticos se disputarían mi militancia. Es el mayor elogio que pude haber recibido tras 41 años de destierro.

La distancia, la experiencia y la madurez me hicieron comprender muy pronto que a pesar de los pesares la democracia, es decir la convivencia pacífica y el entendimiento consensuado entre los diversos protagonistas políticos era el mejor de los métodos y sistemas todavía imaginables para resolver los impasses y contradicciones propios de una sociedad compleja. Mientras la búsqueda de la

sociedad perfecta, propia de todos los utopismos, no había hecho más que ensangrentar el decurso de la historia, dando lugar al horror pesadillesco de los totalitarismos.

Ha sido el tema de un Foro que nos ha reunido en estos días recientes con Mauricio Rojas en Caracas. Como otros, en otras ocasiones, nos han unido con Fernando Mires. Siempre bajo el denominador común de la irrestricta defensa de la democracia y el rechazo frontal al totalitarismo o a cualquier forma de autocracia o dictadura. Imposible mayor distancia con los presupuestos que compartimos en los años de nuestra militancia en el MIR.

Fernando Mires me ha solicitado agregar este breve párrafo. Dice así: "Aún en estos momentos, cuando diferencias políticas parecieran separarnos, no olvidamos nunca ese hilo común que nos une: la defensa de la democracia, sea donde sea. Porque la democracia, al fin y al cabo no se hizo para quienes pensamos lo mismo, sino para quienes pensamos distinto. La gran paradoja de la democracia es que las diferencias no nos separan. Las diferencias, por el contrario, nos unen".

Creo no mal interpretar a mis ex camaradas al afirmar que nada nos une más que el fervor en la defensa de la libertad y nada nos causaría más congoja que verla atribulada en brazos de quienes, a pesar de tanta sangre derramada y tanto pozo de sufrimientos, se han negado a abrirle el corazón a la verdad que la historia nos enseña a los chilenos. Se lo oía a mi padre, un viejo comunista de los de antes, que admiró a Arturo Alessandri Palma y a Pedro Aguirre Cerda, cuando era menester apoyarlos: "el odio nada engendra. Sólo el amor es fecundo".